

« Mira, estoy de pie a la puerta y llamo »

(Apocalipsis 3,20)



*Ejercicios Espirituales
Prado interdiocesano Catalogna-Baleari
Raymat 23-27 agosto 2021*

Introducción

1. Un tiempo para uno mismo no sólo en función de los demás.

Comenzamos la semana de ejercicios espirituales con un momento de introducción. Entramos en un espacio de recreación interior, de descanso personal, de disponibilidad al Espíritu para ser Profetas del Evangelio en nuestro tiempo y para el hombre contemporáneo.

Debemos desear ser **portadores de la profecía**.

Dios nos llama a esto, a ser una profecía. El Profeta no se presenta a sí mismo, sino que señala a Aquel que le ha llamado y enviado, y su vida es una muestra concreta de ello.

La llamada de los primeros discípulos nos muestra hasta qué punto el encuentro con Dios se produce bajo **el signo de la gratuidad y la sorpresa**. Santiago y Juan buscan al Mesías y en ese camino son llamados por sorpresa a estar con *"el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"*. Para estar con Él, para permanecer con Jesús, al igual que ellos, debemos dejarle la iniciativa a Él. Dejemos que sea él quien haga la pregunta: *"¿A quién buscáis?"* Nos corresponde responder proponiéndole el deseo que habita en nosotros: *"Maestro, ¿dónde vives?"*. En estas condiciones, como los dos primeros discípulos, podremos permanecer en su "compañía" el tiempo suficiente para conocerlo y renovar nuestra decisión de interiorizar su sensibilidad, su orientación en la vida.

La función que ejercemos como ministros ordenados nos lleva a ser hombres de la institución, en el sentido peyorativo somos como "funcionarios del culto". Cuando la organización se apodera de nosotros, nos aleja de nosotros mismos, de nuestra motivación y de nuestro sentido de lo que somos. Cuando es el hacer lo que ocupa el primer lugar en la agenda diaria, significa que hemos entrado en un callejón sin salida. ¿Dónde está el equilibrio entre el ser y el hacer, entre la acción y la contemplación? Pero no sólo la función puede impedirnos vivir la sensibilidad del Mesías, con alegría.

A menudo estamos condicionados a nuestra forma de ser, a nuestro temperamento, que como una piedra ralentiza el camino.

Son **las características de la personalidad** las que tendremos que considerar humildemente. Ser una persona de temperamento activo o pasivo. Tener iniciativa o esperar a que otros nos llamen a hacer algo. Ser emocionalmente vivo, apasionado o flemático y tibio con poco entusiasmo, etc. Todo esto juega un papel importante en nuestra forma de ser y de proponernos como sacerdotes, como líderes-pastores de comunidades. Producimos en los demás, efectos involuntarios que se instalan en la dinámica relacional y comportamental entre nosotros y ellos.

La cuestión de comprender hasta qué punto la propia personalidad, sea de un tipo u otro, puede ser un obstáculo en el ejercicio del ministerio, se aplica a todos.

La personalidad necesita expresarse también en un comportamiento espontáneo e irracional. Quizá por eso es reactivo a la revisión y tiende más bien a justificarse a sí mismo, tiende al protagonismo. Se puede llegar a satisfacer el propio yo hasta el punto de "utilizar" el ministerio y someterlo al servicio de las propias necesidades.

El tiempo es un maestro e, inexorablemente, desenmascara la actitud incorrecta en la que nos movemos sin darnos cuenta.

Tal vez **nuestra conducta lleva en sí hábitos poco evangélicos**, o en la concupiscencia de los sentidos, tal vez percibimos que hay en nosotros un apetito que acostumbramos a saciar, etc. Todo esto nos pone en una condición de no-libertad, nos encontramos como atrapados en una especie de instinto que como una fuerza oscura nos atrae en una dirección incorrecta, a veces no deseada, y nos hace desviarnos del objetivo. Experimentamos el vicio, el pecado. Vivimos con una fractura interior que no podemos sanar.

La posibilidad de cambiar de vida, de convertirse, pasa por la lógica de la fe.

La fe se convierte en una invocación a Dios, que en su misericordia se abaja, se rebaja a nuestra humanidad herida y se hace cargo de ella, como se cuenta en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37).

El Apóstol de los Gentiles nos habla de la manera de situarse ante la debilidad que encuentra, no en sí mismo sino fuera de él, en la misión:

9«Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. 10Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2 Cor 12,9-10)

Me parece que lo propuesto hasta ahora evoca la posibilidad de entrar en un proceso de conversión a partir de situaciones concretas que vivimos y que decidimos analizar en profundidad, guiados por el Espíritu y por la voluntad de dejar hacer al Señor.

2. Un tiempo de desierto, de desprendimiento de las actividades ordinarias, de desapego de la propia función.

Salir del entorno ordinario es fácil físicamente. Es menos fácil desconectar, dejando de lado las preocupaciones, el teléfono, las redes sociales en las que nos encontramos porque nos invitan a ser miembros de un chat o a estar presentes en grupos organizados por nosotros.

Tiempo y energía gastados para ver fotos, vídeos, comentarios litúrgicos de la Palabra, pero también mensajes banales, a menudo fake news (noticias falsas), mensajes filantrópicos, sincretistas, inútiles, recibidos y tal vez, "reenviados" y re-publicados en la red, por amigos y, por qué no, incluso por nosotros.

Es necesario un ayuno.

Debemos aprender a ayunar tomando conciencia del tiempo que nos ocupan esas plataformas.

Al igual que el pueblo de Israel, tenemos que darnos cuenta de las adicciones que nos esclavizan. Tenemos que vivir el proceso de abandonar la "tierra" de nuestra esclavitud.

Durante estos días, **tratemos de encontrar un sano distanciamiento del ritmo ordinario** para que nuestras actividades habituales puedan gozar del beneficio de la liberación de nosotros mismos, de nuestros hábitos, de las necesidades que ocupan tanta energía.

La ruptura siempre es traumática, y lo sabemos.

Me gustaría entender el dinamismo de la distancia pidiéndoles que piensen en la separación que todos experimentamos cuando cambiamos de lugar, de ministerio y de comunidad. ¿Qué ocurre?

Las relaciones se interrumpen y experimentamos la renuncia, la privación. Un dolor que nos habla de los efectos de una privación de buenas y sanas referencias humanas. Pero todo es por un bien mayor, para que aprendamos a desprendernos de nosotros mismos y asumir nuestra forma de amar oblativa y no recíproca a los demás para que la misión sea cada vez más nuestra pasión.

Hablar de momentos de separación como los que se viven en los cambios de ministerio, nos ayuda a reflexionar sobre nuestra afectividad: estamos llamados a amar como célibes. Por eso el desierto se convierte en un tiempo, más que en un espacio, en el que aprendemos a ver de lejos, sacando lo mejor de nosotros mismos, para amar como estamos llamados a amar y no sólo como quisiéramos ser amados y así permanecer en relaciones afectivas gratificantes o, en el peor de los casos, en adicciones diversas.

3. Un tiempo de relectura, de revisión, de escucha

Debemos tener el hábito de releer periódicamente la vida: el examen de conciencia de la noche sugerido por la hora de Completas, también la confesión sacramental periódica, así como el compartir la vida en los grupos sacerdotales, las fraternidades de vida, el grupo del Prado. La propia pastoral, cuando se hace con seriedad, nos muestra la importancia de **escuchar lo que se ha vivido, de releer el pasado y verificar las actividades realizadas** en una época determinada.

Que el tiempo de los ejercicios espirituales nos ayude a **volver a los orígenes** de nuestro nacimiento cristiano y ministerial. No esperemos que la renovación que deseamos hoy venga de mañana; está en los orígenes. Pablo, escribiendo a Timoteo, lo formula de esta manera: *“te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos”*. (2Tim 1,6)

Escucha Israel, Schèma Israel. Es bien conocida la profesión de fe que sale incesantemente de los labios del piadoso israelita:

Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales. (Dt 6,4-9)

Pero, cuántas veces vuelve la invitación que Dios hace al pueblo a través de Moisés y los sacerdotes levitas:

Dijeron a todo Israel: «Calla y escucha, Israel: hoy te has convertido en el pueblo del Señor, tu Dios. Escucharás la voz del Señor, tu Dios, y cumplirás los preceptos y mandatos que yo te mando hoy». (Dt 27,9-10)

¿Qué cosa significa la invitación al silencio y a la escucha, sino la fidelidad de Dios al pueblo y del pueblo a Dios?

El largo tiempo de la pandemia ha sido y es un campo de entrenamiento.

Hemos sido llamados a vivir más en la inactividad y el silencio. Un cambio de ritmo, desorientador y saludable.

¿Cómo hemos cambiado durante este tiempo?

¿Cómo ha cambiado la vida de las personas y las comunidades?

¿Cómo ha cambiado la relación con lo divino?

¿Cómo se ha puesto a prueba la fe, la esperanza y la caridad?

En tiempos de crisis, especialmente en los más oscuros, la pregunta que surge del corazón humano es la misma de siempre: "¿Dónde está Dios?".

La búsqueda de Dios en tiempos de prueba nos lleva a la fidelidad de Dios, a menudo invisible. Dios está ahí con los que sufren, está en el enfermo, es Dios mismo que sufre. Dios "herido" no tiene otra palabra que el hombre humillado, alzado y expuesto en el madero de la cruz.

Tomémonos el tiempo de volver a escuchar los mensajes de este tiempo y probablemente nos ayudarán a entrar en una nueva actitud de fe y disposición al cambio.

Redescubrir al Dios de la historia.

La fidelidad de Dios es la verdadera narración del camino de Dios en la historia personal y en la historia de los hombres y mujeres con los que vivimos. La Kénosis de Dios Padre en el Hijo a través del Espíritu nos propone la actualidad del camino de Dios Hijo que aprendió a conocer el sufrimiento entrando en la condición de hombre. Él, el Inocente, que sufrió la violencia de los torturadores. En Él, todos se reconocerán y volverán su mirada hacia Él.

El Dios que se hace presente y que transforma esa historia de sufrimiento en una historia de salvación, está todo por descubrir. Aprendamos a leer la Palabra definitiva y clara que es el Cordero inmolado y glorioso. En él la persona que sufre es redimida y, como persona viva, glorifica al Dios presente y fiel.

4. Guiados por el Espíritu Santo, como le ocurrió a Jesús.

No estamos solos. Podemos pensar que la dirección de la vida es fruto de nuestra propia decisión personal. Por ejemplo: "He decidido estar aquí y participar en los ejercicios". En realidad, hay que reconocer que no es la voluntad la que marca el rumbo de la vida, sino la llamada de Dios, seguida de una respuesta personal y responsable. Estamos aquí porque, gracias a la iniciativa de Dios, **hemos respondido a su invitación.**

Dejémonos sorprender por el soplo del Espíritu que nos revela la presencia de Dios, que nos lleva a la verdad de nosotros mismos. La motivación que nos impulsó a recorrer el camino para llegar a este lugar, tal vez, se asemeja a la de Elías que huía de alguien que en su caso era el propio Dios. Sin embargo, Dios le sorprende y se le revela en la brisa de un viento suave.

Dejémonos sorprender por Dios, por el soplo del Espíritu creador.

La obra del Espíritu es la trama profunda y oculta que guía y dirige el camino del discípulo de Jesús en la historia "desde el seno de su madre" (Lc 1,15)

Hermanos, con el salmista confesamos: “6En el vientre materno ya me apoyaba en ti, | en el seno tú me sostenías, | siempre he confiado en ti”. (Sal 71(70),6).
Que el Espíritu hable a nuestro espíritu en el silencio de estos días.

Reflexiono...

1. Reflexionar sobre mí mismo: ¿dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Qué busco? ¿Adónde voy?
2. Reflexiono sobre Dios: Señor, ¿dónde estás? ¿Dónde me encuentras?
3. ¿Estoy en camino, con el peso de la desolación y el consuelo, como los dos discípulos de Emaús? Ver: Lc 24,18-27.

Propuesta:

Cojo un papel y me hago dos preguntas a las que busco respuesta:

1. ¿Cómo vengo a los ejercicios de este año?
2. ¿Cómo quiero salir de estos ejercicios?